

**Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena**

**ORACION COLECTA:**

**“Dios todopoderoso y eterno, concédenos permanecer fieles a tu santa voluntad y servirte con un corazón sincero” Por J.C.N.S.**

**Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria**

Dime como oras y te diré como es tu fe, “la oración interpreta la esperanza”, decía S. Tomás de Aquino, que esperamos de Dios, como lo consideramos, como nos relacionamos con Él queda de manifiesto en la forma de la oración.....¿Cómo rezamos? ¿Cómo oramos? Cada uno de nosotros?..... podríamos compartirlo.

**Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual Dios también nos habla**

**Lucas 18,1-8**

*¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!*

**La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?**

**Es necesario REFLEXIONAR, PENSAR JUNTOS, algunos aspectos del texto que, conocidos, nos permiten interpretar el mensaje**

¿HASTA CUÁNDO VA A DURAR ESTO? La parábola es breve y se entiende bien. Ocupan la escena dos personajes que viven en la misma ciudad. Un «juez» al que le faltan dos actitudes consideradas básicas en Israel para ser humano. «No teme a Dios» y «no le importan las personas». Es un hombre sordo a la voz de Dios e indiferente al sufrimiento de los oprimidos. La «viuda» es una mujer sola, privada de un esposo que la proteja y sin apoyo social alguno. En la tradición bíblica, estas «viudas» son, junto con los huérfanos y los extranjeros, el símbolo de las gentes más indefensas. Los más pobres de los pobres. La mujer no puede hacer otra cosa sino presionar, moverse una y otra vez para reclamar sus derechos, sin resignarse a los abusos de su «adversario». Toda su vida se convierte en un grito: «Hazme justicia». Durante un tiempo, el juez no reacciona. No se deja conmovir; no quiere atender aquel grito incesante. Después reflexiona y decide actuar. No por compasión ni por justicia. Sencillamente para evitarse molestias y para que las cosas no vayan a más. Si un juez tan mezquino y egoísta termina haciendo justicia a esta viuda, Dios, que es un Padre compasivo, atento a los más indefensos, «¿no hará justicia a sus elegidos, que le gritan día y noche?». La parábola encierra antes que nada un mensaje de confianza. Los pobres no están abandonados a su suerte. Dios no es sordo a sus gritos. Está permitida la esperanza. Su intervención final es segura. Pero, ¿no tarda demasiado? De ahí la pregunta inquietante del evangelio. Hemos de confiar; hemos de invocar a Dios de manera incesante y sin desanimarnos; hemos de «gritarle» que haga justicia a los que nadie defiende. Pero, «cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?». ¿Es nuestra oración un grito a Dios pidiendo justicia para los pobres del mundo o la hemos sustituido por otra, llena de nuestro propio yo? ¿Resuena en nuestra liturgia el clamor de los que sufren o nuestro deseo de un bienestar siempre mejor y más seguro?

EL CLAMOR DE LOS QUE SUFREN. La parábola de la viuda y el juez sin escrúpulos es, como tantos otros, un relato abierto que puede suscitar en los oyentes diferentes resonancias. Según Lucas es una llamada a orar sin desanimarnos, pero es también una invitación a confiar que Dios hará justicia a quienes le gritan día y noche. ¿Qué eco puede tener hoy en nosotros este relato dramático que nos recuerda a tantas víctimas abandonadas injustamente a su suerte? En la tradición bíblica, la viuda es símbolo por excelencia de la persona que vive sola y desamparada. Esta mujer no tiene marido ni hijos que la defiendan. No cuenta con apoyos ni recomendaciones. Solo tiene adversarios que abusan de ella y un juez sin religión ni conciencia al que no le importa el sufrimiento de nadie. Lo que pide la mujer no es un capricho. Solo reclama justicia. Esta es su protesta, repetida con firmeza ante el juez: «Hazme justicia». Su petición es la de todos los oprimidos injustamente. Un grito que está en la línea de lo que decía Jesús a los suyos: «Buscad el reino de Dios y su justicia». Es cierto que Dios tiene la última palabra y hará justicia a quienes le gritan día y noche. Esta es la esperanza que ha encendido en nosotros Cristo, resucitado por el Padre de una muerte injusta. Pero, mientras llega esa hora, el clamor de quienes viven gritando sin que nadie escuche su grito no cesa. Para una gran mayoría de la humanidad, la vida es una interminable noche de espera. Las religiones predicán salvación. El cristianismo proclama la victoria del amor de Dios encarnado en Jesús crucificado. Mientras tanto, millones de seres humanos solo experimentan los abusos de sus hermanos y el silencio de Dios. Y muchas veces somos los mismos creyentes quienes ocultamos su rostro de Padre, velándolo con nuestro egoísmo religioso. ¿Por qué nuestra comunicación con Dios no nos hace escuchar de una vez el clamor de los que sufren injustamente y nos gritan de mil formas: «Hacednos justicia»? Si, al orar, nos encontramos de verdad con Dios, ¿cómo no somos capaces de escuchar con más fuerza las exigencias de justicia que llegan hasta su corazón de Padre? La parábola nos interpela a todos los creyentes. ¿Seguiremos alimentando nuestras devociones privadas olvidando a quienes viven

sufriendo? ¿Continuaremos orando a Dios para ponerlo al servicio de nuestros intereses sin que nos importen mucho las injusticias que hay en el mundo? ¿Y si orar fuese precisamente olvidarnos de nosotros y buscar con Dios un mundo más justo para todos?

**DIOS NO ES IMPARCIAL.** La parábola de Jesús refleja una situación bastante habitual en la Galilea de su tiempo. Un juez corrupto desprecia arrogante a una pobre viuda que pide justicia. El caso de la mujer parece desesperado, pues no tiene a ningún varón que la defienda. Ella, sin embargo, lejos de resignarse, sigue gritando sus derechos. Solo al final, molesto por tanta insistencia, el juez termina por escucharla. Lucas presenta el relato como una exhortación a orar sin «desanimarnos», pero la parábola encierra un mensaje previo, muy querido por Jesús. Este juez es la «antimetáfora» de Dios, cuya justicia consiste precisamente en escuchar a los pobres más vulnerables. El símbolo de la justicia en el mundo grecorromano era una mujer que, con los ojos vendados, imparte un veredicto supuestamente «imparcial». Según Jesús, Dios no es este tipo de juez imparcial. No tiene los ojos vendados. Conoce muy bien las injusticias que se cometen con los débiles y su misericordia le hace inclinarse a favor de ellos. Está «parcialidad» de la justicia de Dios hacia los débiles es un escándalo para nuestros oídos burgueses, pero conviene recordarla, pues en la sociedad moderna funciona otra «parcialidad» de signo contrario: la justicia favorece más al poderoso que al débil. ¿Cómo no va a estar Dios de parte de los que no pueden defenderse? Nos creemos progresistas defendiendo teóricamente que «todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos», pero todos sabemos que es falso. Para disfrutar de derechos reales y efectivos es más importante nacer en un país poderoso y rico que ser persona en un país pobre. Las democracias modernas se preocupan de los pobres, pero el centro de su atención no es el indefenso, sino el ciudadano en general. En la Iglesia se hacen esfuerzos por aliviar la suerte de los indigentes, pero el centro de nuestras preocupaciones no es el sufrimiento de los últimos, sino la vida moral y religiosa de los cristianos. Es bueno que Jesús nos recuerde que son los seres más desvalidos quienes ocupan el corazón de Dios.

**¿PARA QUÉ SIRVE REZAR?** Sin duda son muchos los factores que han provocado la devaluación de la oración en nuestra sociedad. No es algo casual que hayamos ido perdiendo capacidad de invocar a Dios y de dialogar sinceramente con quien es la fuente de nuestro ser. En una sociedad donde se acepta como criterio casi único de valoración la eficacia, el rendimiento y la producción, no es extraño que surja la pregunta por la utilidad y la eficacia de la oración. ¿Para qué sirve rezar? Esta es casi nuestra única pregunta. Se diría que entendemos la oración como un medio más, un instrumento para lograr unos objetivos determinados. Lo importante para nosotros es la acción, el esfuerzo, el trabajo, la eficacia, los resultados. Y, naturalmente, orar cuando tenemos tanto que hacer nos parece «perder el tiempo». La oración pertenece al mundo de «lo inútil». Esta sensación nos puede ayudar a descubrir el verdadero sentido de la oración cristiana. De alguna manera es cierto que la oración es «algo inútil» y no sirve para lograr tantas cosas por las que nos esforzamos día tras día. Como es «inútil» el gozo de la amistad, la ternura de unos esposos, el enamoramiento de unos jóvenes, la sonrisa de los hijos, el desahogo con la persona de confianza, el descanso en la intimidad del hogar, el disfrute de una fiesta, la paz del atardecer... ¿Cómo medir la «eficacia» de todo esto que constituye, sin embargo, el aliento que sostiene nuestro vivir? Sería una equivocación pensar que nuestra oración solo es eficaz cuando conseguimos lo que hemos pedido a Dios. La oración cristiana es «eficaz» porque nos hace vivir con fe y confianza en el Padre y en actitud solidaria con los hermanos. La oración es «eficaz» porque nos hace más creyentes y más humanos. Nos abre los oídos del corazón para escuchar con más sinceridad a Dios. Va limpiando nuestros criterios y nuestra conducta de aquello que nos impide ser hermanos. Alienta nuestro vivir diario, reanima nuestra esperanza, fortalece nuestra debilidad, alivia nuestro cansancio. El que aprende a dialogar con Dios y a invocarlo «sin desanimarse», como nos dice Jesús, va descubriendo dónde está la verdadera eficacia de la oración y para qué sirve rezar. Sencillamente para vivir.

**SIN DESANIMARNOS.** Una de las experiencias más desalentadoras para el creyente es comprobar, una y otra vez, que Dios no escucha nuestras súplicas. A Dios no parece conmoverle nuestro sufrimiento. No es extraño que esta sensación de indiferencia y abandono por parte de Dios lleve a más de uno al desengaño, la irritación o la incredulidad. Hemos orado a Dios, y no nos ha respondido. Le hemos gritado, y ha permanecido mudo. Le hemos rezado, y no ha servido de nada. Nadie ha venido a secar nuestras lágrimas y aliviar nuestra pena. ¿Cómo vamos a creer que es el Dios de la justicia y el Padre de las misericordias? ¿Cómo vamos a creer que existe y cuida de nosotros? Desde el comienzo del mundo hay sufrimientos que aguardan una respuesta. ¿Por qué mueren millones de niños sin conocer la alegría? ¿Por qué quedan desatendidos los gritos de los inocentes muertos injustamente? ¿Por qué no acude nadie en defensa de tantas mujeres humilladas? ¿Por qué hay en el mundo tanta estupidez, brutalidad e indignidad? Naturalmente es Dios el acusado. Y Dios calla. Calla por siglos y milenios. Pueden seguir las acusaciones y las protestas. Dios no sale de su silencio. De él solo nos llegan las palabras de Jesús: «No temas. Solo ten fe». Estas palabras son muchas veces el único apoyo del creyente, y pueden generar en él una confianza última en Dios, aunque apenas veamos huellas de su sabiduría, su justicia o su bondad en el mundo. ¿Ya he entendido yo alguna vez quién es Dios y quiénes somos nosotros? ¿Cómo pretendo juzgar a Dios, si no puedo abarcarlo ni comprenderlo? ¿Cómo quiero tener yo la última palabra, si no sé dónde termina la vida ni conozco la salvación última de Dios? ¿Qué significan en definitiva estos sufrimientos de los que pido a Dios que me libere? ¿Dónde está el verdadero mal y dónde la verdadera vida? Jesús murió experimentando el abandono de Dios, pero confiando su vida al Padre. Nunca hemos de olvidar sus dos gritos: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», y «Padre, en tus manos dejo mi espíritu». En esta actitud de Jesús se recoge bien el núcleo de la súplica cristiana: la angustia de quien busca protección y la fe indestructible de quien confía en la salvación última de Dios. Desde esta misma actitud ora el seguidor de Jesús: «sin desanimarse».

Pagola J. A., el camino abierto por Jesús, Edit. PPC

---

---

## 6) **ORACIÓN COMUNITARIA:**

---

---

7) **ACTUAMOS:** PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO: personal y comunitaria.